

Hacia un país sin memoria histórica

Sólo en la evocación de los grandes hechos
y en el homenaje a sus muertos ilustres
se templea y fortifica el espíritu nacional

Alberto Lleras Camargo

Socorro Inés Restrepo Restrepo

La historia se registra en tres dimensiones: los hechos, la palabra, y el arte. Los hechos, el devenir del hombre en el tiempo, su qué hacer; la palabra, fuego divino, que comunica, que le ha permitido al hombre (hombre en su amplísima acepción filosófica y antropológica) la transmisión, primero de viva voz, y luego también por escrito, de su diario acontecer; y finalmente el arte, que con su propio lenguaje eterniza hechos y palabras.

Poco a poco el inmediatismo en que se suele vivir hoy, el revisionismo de la historia, el segundo plano en que ésta ha pasado a ocupar en la escuela, han ido desinteresando a la gente en el estudio de la historia, van borrando las huellas del pasado. Los programas escolares no facilitan a los niños y a los jóvenes el acercarse a nuestra Historia Patria, así, con mayúscula; y a veces esta expresión es empleada por ellos, y por mucha gente de manera peyorativa o de manera despectiva para referirse a cosa pasada que consideran de poco interés. La memoria de los grandes hombres va cubriéndose de una cierta neblina y los hechos entran en esa difusa frontera entre la tradición, la leyenda y la realidad.

Estudiar la Historia, conocer la Historia es conocer las raíces familiares, regionales y nacionales. Afirmar la propia identidad ante el mundo y ante otras culturas. En un mundo globalizado, utilizando siempre técnicas foráneas, y sin formación humanística, los países en desarrollo corren el riesgo de perder las características que los constituyen como nación. La Historia apuntala el sentido de pertenencia.

En un mundo cada vez más vacío y superficial, que tiene como modelos hombres y mujeres de paja, en el que la escala de valores está siendo más y más trastornada, los hombres que ayudaron a conformar la Patria, en la política, en la industria, en la economía, en la cultura, mirados y medidos en su dimensión humana, sin despojarlos de su grandeza y sin mitificarlos, son verdaderos paradigmas de vida. El acercamiento a los movimientos populares del pasado permite comprender que los grandes cambios sociales no pueden darse sin el apoyo del pueblo. Sin un movimiento comunero, aunque de origen fiscal, los líderes de la independencia, años más tarde quizá no hubieran contado con el

apoyo del pueblo. Sin Nariño, sin Bolívar, sin Santander no podríamos decir hoy que tenemos Patria. Líderes y pueblo han hecho la Patria. En la Historia no pueden desconocerse ni los unos ni los otros.

La transversalidad de la Historia abre mundos desconocidos en el campo de la cultura. La Historia toca con las ciencias, con la literatura, con las matemáticas, con el arte. Con la política, con la sociología. La Historia no empieza con cada individuo que hace un descubrimiento o un invento: la historia está ahí, el inventor y el descubridor no hacen sino seguir sus huellas. Cervantes no hubiera escrito su gran obra sin las novelas de caballería, y éstas a su vez no se hubieran dado sin la juglaría, sin los cantares de gesta. El hombre en la luna está emparentado con el hombre que descubrió o inventó la rueda, y milenios más tarde con el que ingenió volar.

Dice Ortega y Gasset: *El hombre vaciado de su propia historia, sin entrañas del pasado y, por lo mismo dócil a todas las disciplinas llamadas "internacionales" cree que sólo tiene derechos y no cree que tiene obligaciones*¹⁰.

Pareciera que nuestro país se ha venido vaciando, si cabe el término, de su memoria histórica. Los programas escolares avalados por el Ministerio de Educación Nacional, apenas si le abren espacio a la historia; ésta queda inmersa entre todas las demás ciencias sociales y al término de la secundaria nuestros jóvenes saben muy poco o nada de nuestra prehistoria, y a partir del descubrimiento unos cuantos datos fragmentados hasta llegar a la actualidad. Se ha perdido el significado de las fechas patrias: el 20 de julio, el 7 de agosto, el 11 de agosto, el 12 de octubre, el 11 de noviembre, generalmente se asocian con otro tipo de celebraciones. Muy pocos edificios de la administración pública, al menos en Medellín, izan el pabellón nacional: ni en escuelas ni en liceos oficiales ondea tales días nuestra bandera. En muchos establecimientos educativos el 19 de julio celebran el 20, porque en esta fecha los alumnos van a estar desescolarizados. Igualmente pasa con el 7 de agosto. El 11 de agosto, o en los días inmediatos se celebra la "fiesta de la antioqueñidad" pero pocas, pocas alusiones a don Juan del Corral y a nuestra proclamación de independencia. El 12 de octubre ino ha pasado nada! solamente que el lunes siguiente es festivo; y el recuerdo de Colón va sumiéndose en la leyenda. En Cartagena cambiaron la memoria de la gesta heroica contra la corona española el 11 de noviembre, por la coronación de reinas y reinitas de efímera belleza lograda en un quirófano.

¹⁰ Ortega y Gasset, J. La rebelión de las masas. Ed. Revista de Occidente. 40 ed. Madrid. 1968 p.31

De los símbolos patrios, la bandera es el más reconocido; los días de fútbol los hinchas de cualquier equipo se envuelven en ella, la lucen en camisetas, gorros y mochilas, pero se olvidan de izarla en las fechas previstas, como demostración de amor a la Patria .

El testimonio que la ciudad ha levantado a los héroes durante año y años también desaparece: a la única escuela oficial que en Medellín llevaba el nombre de Simón Bolívar le fue cambiado por el de un destacado personaje del siglo XX, con el que también se conoce otra institución educativa: de nada valieron las gestiones que en su momento hicieron la Sociedad Bolivariana de Antioquia y el Consulado de Venezuela para que se conservara el nombre del Libertador. Las calles cambian su denominación al arbitrio del funcionario de turno: por años y años la calle Céspedes en el barrio Belén honró la memoria del padre Juan María Céspedes, primer párroco de Nuestra señora de Belén entre 1813 y 1814; nombre ratificado por el Concejo Municipal en 1934, cuando se estableció la nomenclatura de Medellín, vigente hoy, pero el nombre de Céspedes fue cambiado por la actual administración por el de Cacica Dabeiba. A la avenida 33, se le denominó desde su apertura, Tomás Carrasquilla; ahora se llama María Cano, pero igual, la gente seguirá identificándola como "la 33". La avenida Bolivariana, fue primero un carretero llamado "la recta de Belén"; que llegaba hasta Cisneros, pasando frente a los predios de la universidad Bolivariana; cuando fue abierta la avenida la gente empezó a llamarla avenida Bolivariana, pero oficialmente se le bautizó como avenida Santander.

Placas conmemorativas y estatuas cambian de lugar sin que las autoridades den cuenta de su destino final. La placa que honraba los inicios de la Universidad de Antioquia, en el edificio Olano, desaparecido el edificio desapareció también la placa. La placa conmemorativa de la casa donde nació Mariano Ospina Pérez, casa situada en lo que es hoy la esquina noroccidental de la avenida Oriental (avenida Jorge Eliécer Gaitán) con La Playa; al ser demolida la edificación, la placa fue trasladada al separador central de la avenida. Hoy ya no existe. La estatua del padre Miguel Giraldo Salazar, que por años y años estuvo en el atrio de la iglesia de San José, en el centro, pasó luego frente al Seminario Mayor en lo que hoy es el Centro Comercial Villanueva, y de ahí fue trasladada ¿adónde? En el Jardín Botánico, cuando aun era Bosque de la Independencia hubo un busto de Bolívar; tampoco se conoce su destino. El Monumento al Arriero del escultor Oscar Rojas que se encontraba en la glorieta de la 33 al lado del Palacio de Exposiciones, fue robada a pedazos sin que nadie se manifestara.

El busto de Oreste Sindici, al frente del Palacio de Bellas Artes, fue cambiado por el de Carlos E. Restrepo. De muchos

despachos judiciales y oficinas privadas de abogados, han descolgado las imágenes de Santander y de Bolívar, y en su lugar han colocado obras de arte.

Todos los países del mundo preservan sus emisiones postales, como fuente de ingresos y como embajadoras de la belleza y de la historia del país. En Colombia tienden a desaparecer, cuando sus emisiones eran de las más cotizadas. En ellas se rindió culto a los grandes hombres: los próceres, Nariño, Bolívar, Santander, José María Córdova, Girardot fueron honrados en nuestros sellos postales, como también todos los Presidentes de la República. La flora, la fauna, y nuestras riquezas precolombinas conocidas en el mundo entero, gracias a las estampillas. Los acontecimientos más sobresalientes de Colombia dieron la vuelta al mundo en sellos postales. Bueno es recordar en el cincuentenario del reconocimiento de los derechos políticos a la mujer en Colombia, (1957 - 2007) que en la segunda administración del Presidente Alberto Lleras Camargo hubo una emisión de sellos dedicada a estos derechos.

La arquitectura de la ciudad, ese testigo mudo del paso del tiempo, no ha corrido mejor suerte: esa historia no escrita de piedra y cemento, que según Víctor Hugo *es la gran escritura del género humano. Y esto es tan cierto que no sólo todo símbolo religioso sino también todo pensamiento humano tiene su página y su monumento en aquel libro inmenso*¹¹ ha sufrido también el vaciamiento de nuestra historia. Casi todas las construcciones de la primera mitad del siglo XX, cayeron bajo la fementida pala del progreso. No me refiero a las edificaciones de tapia y bahareque, sino a las muchas casas y edificios de estilo republicano unos, eclécticos otros, imitando lo europeo al final de cuentas, bellamente ornamentadas con volutas y flores, con górgolas y con todo aquello que recrea el arquitecto -artista, para ser reemplazadas por grandes cubos de cemento, funcionales, sí, pero bellos, no. En este momento el barrio Laureles está en la mira de los urbanizadores por las grandes casonas, símbolos de un Medellín de mediados del siglo XX en el que se aunaban el dinero y el buen gusto, pues no ven en ellas sino lotes.

¡Qué orgulloso me siento de ser colombiano! Este verso de una canción popular, casi se ha convertido en un canto patriótico, muchas veces vacío de contenido. Las páginas de lo que será la historia de esta época, escritas en la prensa, la radio, la televisión, la novela y el cine, no parecen manifestar nada de ese orgullo: el orgullo de ser colombiano se queda en casa: para afuera se exportan las películas de los barrios bajos, del bandidaje juvenil, del narcotráfico y la guerrilla; la novela truculenta en la que

¹¹ Víctor Hugo. Nuestra Señora de París. Ed. Bruguera. S.A. Barcelona. 1974. P185

la ficción supera la realidad en crueldades y abandonos. La noticias desalentadoras como si en el país nunca ocurriera nada bueno. Y así se va despojando el país de su historia. El alcalde de una ciudad vilipendiada a nivel nacional e internacional, cruza el tapete rojo para ver la "premier" de una de esas películas que precisamente tiene como escenario su ciudad. El ganador del premio Nobel Alternativo por sus gestiones en la cultura, especialmente en la poesía, lee en su informe según denuncia un columnista del diario El Colombiano: *un río de sangre no cesa de cruzar bajo los puentes, una gigantesca operación de encubrimiento periodístico falsea noticias para imponer el olvido.*

Presidentes, industriales, todo prohombre que a través del tiempo ha hablado a nombre de Colombia, utiliza el plural ficticio asumiendo las culpas de unos, pocos o muchos, como colectivas: *somos violentos, somos depravados, somos asesinos, Colombia es un país de cafres...* Ese es el mensaje que se manda al exterior. Hay violentos, pero hay gente buena; la depravación moral no es patrimonio nuestro, ni todos los colombianos somos viles asesinos. Muchos colombianos identifican a Colombia, aun en el exterior con el poncho, la ruana, el sombrero vueltiado, las alpargatas y "el aguardientico de mi Dios"; pero no piensan en identificaciones que trasciendan lo meramente folclórico, que vayan a lo cultural, tales como García Márquez, Carrasquilla, Rivera, Botero, Carmiña Gallo, Marta Senn. Tal vez Colombia se parezca más a "La Vorágine" y a "Cien años de soledad".

Termino con una cita de San Agustín: *el pueblo es un conjunto de seres racionales asociados por la concorde unidad de objetos amados; para saber qué es cada pueblo, es preciso examinar los objetos de su amor.*